

Ignacio M^a Muñoz

EL TIEMPO SUCEDIDO



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

—ANAQUEL DE POESÍA, n°120—

MADRID • MMXXII

De la obra © IGNACIO Mª MUÑOZ

De la edición © EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

www.cuadernosdelaberinto.com

Dirección de la colección: ALICIA ARÉS

Edición: LETICIA MERCADO

Del prólogo © ESTER BUENO PALACIOS

Diseño de la colección © Absurda Fábula

www.absurdafabula.com

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento o el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

Primera edición: Mayo 2022

I.S.B.N: 978-84-18997-26-6

Depósito legal: M-13943-2022

Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

Para Ana

Prólogo

LAS RETINAS HABLAN DEL PASADO

Por Ester Bueno Palacios

Afrontar el tiempo es, sin duda, uno de los retos con los que batallamos los seres humanos a lo largo de nuestra existencia. Casi desde que tenemos uso de razón, el tiempo es aliado o enemigo y, según cumplimos años y discurrimos por ese solar baldío con pequeños oasis que es la vida, el tiempo va cambiando de estrategia, y nosotros con él.

En las páginas de este poemario, cuyo título es ya un indicio de lo que encontraremos entre sus líneas, Ignacio M^a Muñoz discurre, con acierto y con una brújula que guía sus pasos, entre los diferentes tiempos del devenir diario cotidiano y también del más etéreo e indescriptible cosmos. Una manera de solucionar los restos de naufragios, las pérdidas del alma, los recodos de amores que dejaron su huella y que están, o parecen estar, presentes en la inmediatez y la urgencia de algunas estrofas. Tiempos que sustituyen a

otros tiempos y que hacen que nos introduzcamos en nuestras propias ansias y en nuestros propios miedos, que nos fuerzan a rememorar con insistencia lo que fuimos.

El poeta ve en pretérito. Acontece en su alma una intensa necesidad de volver atrás para recuperar lo que indefectiblemente es un «sólido proyecto de pasado». Ese juego entre lo incuantificable y lo tangible aparece constantemente a lo largo de las páginas de *El tiempo sucedido*, y lo hace en muchas ocasiones hablando del amor. ¿Adónde se va el amor? ¿Cómo camina hacia la nada, en una marcha atrás de calendario? Así, con palabras sencillas: «cuando te miro, y tu cara es otra, y tu beso es otro, aunque siento un como ahogado deseo de presente en las miradas y los labios... Y tu voz es otra y tu mano es otra, aunque me palpite un como ahogado deseo de presente». El amor añorado, el amor perdido, el a veces recuperado, pero nunca redimido, tienen su presencia, y se reitera la conjunción astral entre la sed de amar y la necesidad de sentir libertad en el aprendizaje de lo que es el sentimiento, en pureza y estallido del alma.

Hay momentos de luz, indescriptibles monumentos de vida, de reivindicación también. Ignacio hace patente su carácter de lucha en sus poemas, solo es necesario ahondar brevemente entre las pausas y descubrir «una explosión de risas y de puños, de besos y de sangre» en una primavera que levanta las normas y las hace poner en entredicho. Normas que no soportan la tiranía y el dolor, que llevan a «derribar a pedradas las manillas de los relojes». Parar para continuar, desatar las verdades sin que ese tiempo que lo

marca todo con sus manos de alambre y hojalata sea capaz de impedirlo. «Destronar la tiranía de las normas», restañar las heridas con las banderas que nos guían desde nuestra infancia, determinar que cambiar las cosas fue siempre un objetivo. Hablando en plural, el poeta hace partícipes de este hecho poético a todos los que han formado parte de sí mismo, atados a su vida como se atan las vidas una a otra.

Llama la atención también la soledad que planea sobre el espíritu global de este poemario. La soledad entendida como lugar desde donde se divisan con perspectiva los eventos vitales que reconocen a cada uno en su unidad indivisible. Los versos del poeta son una atalaya desde donde, expropiado de sus afectos íntimos, explora los lugares físicos, los transitados cotidianamente, «estancias atravesadas por recuerdos de cuerpos como cuchillos en sombra», amenazas que no permiten una respiración acompasada. La plasticidad del mundo de Ignacio M^a Muñoz nos hace viajar por alcobas antiguas en las que los visillos tapaban a la vista de la gente lo que no era correcto ver, pero también paisajes en los que descorrer esos visillos y volar libre en un mundo distinto al que se vive, una suerte de necesidad de libertad, de pasos amplios que alguien acertó en algún momento. Es la valentía de enfrentarse a esa dicotomía entre la plenitud de contemplar el espacio infinito y la seguridad de una pequeña habitación con la luz suavizada, «la falta de salida, pero el mundo habita dentro, o es los muros mismos».

Presentes las tardes, parte del día que delimita el principio y el fin. Otra vez lo añorado, «ni siquiera hay un piano sobre el que apoyar la tarde», y lo que puede sustituir a lo

evocado, «aunque el silencio trae ecos de tés y cantos». Porque está en esa huella atávica del hombre el conformarse con lo que se tiene, por mucho que la queja sea profunda y el delirio por lo deseado llene teatros y palacios. Incontenible la necesidad de trascender, pero siempre abocado a seguir pegado al suelo, con los pies sintiendo la simiente de donde venimos: «la casa es una gran jaula de música callada, un cosmos de estrellas de polvo aventadas por memorias de pies descalzos. El mundo vacío que se mide en horas detenidas».

Suena un latido que repercute fuerte en la lectura de este poemario, que refuerza la idea de universalidad de sentimientos; es una pauta escondida en alguna ocasión y muy explícita en otras, y que habla del dolor. Somos, en general, reacios a hablar tan claramente del dolor, quizás nos acobarda el ideario de atracción de los males, presente en las supercherías y en la lectura de arcanos y de cartas astrales. Pero él, el poeta, no tiene miedo a eso. Lo aborda, lo corteja, lo mima y lo rodea sutilmente, dependiendo del tempo y del lugar en los que pinta las palabras. ¿Por qué no hablar de ese dolor? «Hay dolores que invaden por completo», qué frase lapidaria, extraordinariamente realista y oportuna. Dicen que el dolor tiene gradaciones que se podrían medir y que cada persona es dueña de su propio límite en este aspecto. El umbral del dolor, nuestro umbral del dolor. Y así lo cataloga Ignacio, de forma tan preclara que es fácil adherirse a su teoría en alguna de sus disquisiciones: «Dolores que reptan por las venas y explotan en las manos. Dolores tan densos que enlentecen el pulso. Dolores, digo,

de alma y cuerpo; dolor de carne y dolor atormentado. Dolor tan cotidiano que convive acostumbrado y a veces es dolor de sollozo dulce, y a veces, de llanto desgarrado». Hay tantos dolores como cuerpos, tantos dolores como almas y momentos en los que sentir se hace cuesta arriba y se preferiría estar sedado, pero aun así vivimos, nos llenamos de luz cuando podemos, exportamos el dolor a territorios del fondo del cerebro para sobrellevarnos. Leyendo estos poemas podemos encontrar una guía para la redención, para la aceptación.

Bebiendo del saber de las palabras es fácil adentrarse en un mundo de imágenes circunscritas a los seres humanos. El poeta nos revela su más íntimo anhelo y se rebela ante el estallido de las horas, de forma intempestiva, horas que «estallan en charcos de sombra», que «reptan indolentes por senderos de recuerdos». Otra alegoría al detallar de lo que se vive. Nos impacientamos cuando algo no llega, nos desesperamos cuando algo no llega, vivimos atemorizados porque algo llegue, nos esperamos por lo que debe estar por llegar, nos quejamos cuando algo ha llegado y pasamos la vida intentando que la muerte no llegue, que la eternidad nos sea leal. Dice el poeta que «tras la ventana desemboca la noche en playas de silencios como tiempo no estrenado», ese tiempo que desgrana en estos textos y que nos hace más nuestros y más suyos en cada relectura.

Que los poetas se vistan de mil formas es lo que les permite penetrar en nosotros. Buscan los recovecos, los disfraces sin ninguna malicia, pero con inteligencia milenaria, con la única sed de que podamos comprender las entretelas

de su momento lúcido de inspiración. Dice nuestro poeta: «permítidme que me vista con cien ropas, no creáis que me disfrazo, es solo que siento que cada traje hace juego con el propósito del día». Y así devanamos sus poemas, entre disfraces y melancolías «inundados de palabras rebosantes», pero siempre presente el respeto al lector: «no creáis que trato de abrumaros, es solo que siento que es mejor que escojáis vosotros mismos la palabra que más os guste».

Aproximarse con deleite a *El tiempo sucedido* no hace sino repercutir los sueños de Ignacio M^a Muñoz en un mundo convulso. La huella indeleble que deja el poemario es que la finitud es lo real, pero que también es verdad esa necesidad de trascendencia. En su filosofía lo que ocurrió aún existe, está presente, nos condiciona, pero no determina ese ímpetu por sobrevivir, por sobrellevar todo, por enardecernos en posibilidades. En una metamorfosis de lo unitario llevado a lo de todos, a la comunidad.

Todos pedimos tiempo, necesitamos tiempo. Ignacio condensa esa certeza con tal intensidad que duele: «préstame un minuto de tu tiempo antes de que la tarde me abrume con su niebla». Volvemos a esa reflexión del tiempo concedido o el prestado: «no me dejes marchar sin despedida. No permitas que el silencio enlose el camino de la ausencia».

La vida late en cada átomo de *El tiempo sucedido*, la vida con nosotros, porque al leerlo ya somos parte del poeta.

Círculos concéntricos

¡QUÉ VELADA LUZ, HOY!,
¡qué silencio
de relojes rotos!
¿Sabes?:
la muerte es ácida,
pues deja un gusto acre
en la boca del recuerdo.
La muerte es
porque llega
o porque ya ha llegado
y te ha encontrado
muerto,
y a mí huyendo
de tu cuerpo.
La muerte es dulce,
porque se envuelve
—lenta—
de caricias recordadas.
La muerte es fugaz,
pues no es sino la excusa
para huir del tiempo
y de la duda.
Y tu muerte es la certeza
del comienzo
de mi propia muerte,

que no me deja añadir
palabras
a la lista de mis versos,
concluida de golpe
ante la evidencia
de la sombra.
¡Qué velada luz, hoy!
De repente,
todos los días de mi infancia
acumulados
en el silencio
de la vida detenida.
¡Qué suave sombra, hoy,
la de las horas silentes
y las veladas luces!

EN PRETÉRITO TE VEO
cuando te miro,
y tu cara es otra,
y tu beso es otro,
aunque siento
un como ahogado deseo
de presente
en las miradas y los labios.
Todas aquellas tardes juntos
son ahora un sólido proyecto
de pasado.
Y tu voz es otra
y tu mano es otra,
aunque me palpite
un como ahogado deseo
de presente
en el tono y las caricias.
Nuestro futuro de ayer
es ya, por fin,
deseo cumplido
en abrazos y miradas.
Pero tú y yo no somos ya
los mismos,
que conjugamos en pretérito
la vida.

*Cuánto Bilbao en la memoria.
Días colegiales, atardeceres grises,
lluviosos. Reprimidas alegrías
furtivo cine, cacahuey, anises.*

BLAS DE OTERO

VUELVO CADA NOCHE
a las calles de la infancia
y juego de nuevo en ellas
a soñar un futuro
inquebrantable.
En mi sueño
no hay nubes en el cielo
ni la lluvia encharca
cada mañana
el patio del colegio:
todo es luz
—diamantina luz—
al mediodía de mi infancia.
Nada presagia
que el futuro se impondrá
al margen del deseo
y se hará presente
a pesar de los anhelos.
La niñez, dicen,
es la patria.